Contribuciones desde Coatepec
ISSN: 1870-0365
rcontribucionesc@uaemex.mx
Universidad Autónoma del Estado de México
México

Díaz Ortega, Fernando
Reseña de "Iberoamérica: un área cultural heterogénea" de Francisco Lizcano Fernández
Contribuciones desde Coatepec, núm. 12, enero-junio, 2007, pp. 147-152
Universidad Autónoma del Estado de México
Toluca, México

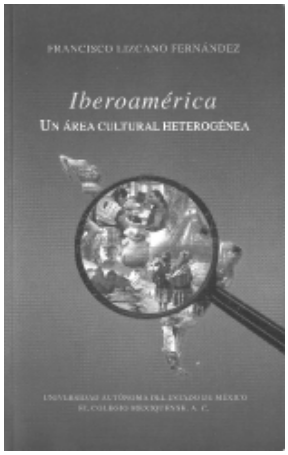
Disponible en: http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28101210

Cómo citar el artículo
Número completo
Más información del artículo
Página de la revista en redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Iberoamérica: un área cultural heterogénea

FERNANDO DÍAZ ORTEGA[1]



Con frecuencia en las conversaciones informales, Iberoamérica se ve como una región muy homogénea (países con un comportamiento socioeconómico similar y poblaciones compartiendo las mismas características y orígenes étnicos). El libro más reciente de Francisco Lizcano Fernández nos permite advertir que esta visión no es certera. Hay muchos aspectos, como los niveles de desarrollo, subsistemas sociales y aspectos étnicos, que así lo demuestran.

[1] Centro de Investigación en Ciencias Sociales y Humanidades de la UAEM. Correo electrónico: *ferrus77@yahoo.com.mx.*

Independientemente de los aportes que Lizcano deja con su obra, se puede sacar provecho al estudio de la rigurosidad en el manejo de variables e indicadores y a la precisión en el trato de términos y conceptos que el autor hace en *Iberoamérica: un área cultural heterogénea*.

Desde la introducción se expone, en un orden lógico de ideas, el tema general de la obra y su justificación, aludiendo al porqué del empleo del término "Iberoamérica" y no el de "Latinoamérica". Ya en los capítulos se entra de lleno con el tema de la heterogeneidad vista, primero, desde la parte teórica, y, posteriormente, dentro de los aspectos mencionados en los 20 países que integran la región.

El primer capítulo no aborda el tema central en cuanto a las naciones iberoamericanas, pero tiene relevancia al tratar las bases teóricas que sustentan las clasificaciones y propuestas abordadas en los tres capítulos siguientes. El autor reflexiona acerca del concepto de "heterogeneidad" y su aplicación al área cultural iberoamericana (habla de área cultural debido a que la cultura es uno de los elementos que da unidad a la región); menciona el papel de dicha categoría dentro de las principales teorías relacionadas con el objeto de estudio, vinculadas con los paradigmas ecocéntrico o comunitario.

Con base en estos paradigmas analiza superficial, pero ilustrativamente, cuatro teorías. Las dos primeras son la modernización y el neoliberalismo, mencionando tres supuestos básicos comunes, y las principales cuatro críticas que han recibido ambas. Las otras dos son el estructuralismo cepalino y la teoría revolucionaria de la dependencia, donde también parte del análisis de ideas compartidas de ambas y después las aborda por separado.

Después de ese recuento teórico latinoamericano, en los siguientes tres capítulos se realiza un análisis sincrónico y otro diacrónico de la heterogeneidad iberoamericana manifestada en los tres temas que aborda (distintos niveles de desarrollo, situación socioeconómica y composición étnica), y que constituyen, desde mi perspectiva, la parte más atractiva del libro, puesto que agrupa a los 20 países de maneras diversas, permitiéndonos la mejor comprensión de la evolución regional, la comparación de la situación de cada nación en diferentes momentos y en relación con variables distintas.

En ese sentido, el capítulo segundo, enfocado al estudio de la heterogeneidad iberoamericana según los distintos niveles de desarrollo que tiene cada una de las veinte naciones, clasifica a los países según su grado de desarrollo en los niveles alto, mediano y bajo. Para ello, primero realizó una clasificación de las naciones en 1990 y posteriormente otra en 1950. Enseguida se enfocó a determinar cuál fue la intensidad de su evolución clasificando a las veinte naciones con

base en su grado de crecimiento: fuerte, débil e intermedia. Resumidamente los resultados que se plasman en ese capítulo son los siguientes:

La clasificación de 1990 se basó en el análisis de seis indicadores: índice de desarrollo humano, producto interno bruto real *per cápita*, porcentaje de la población en situación de indigencia, tasa de mortalidad infantil, porcentaje de analfabetos entre la población adulta, y promedio de años de escolarización de la población adulta. Los resultados fueron: seis naciones se ubicarían en las que presentan un alto nivel de desarrollo (Argentina, Uruguay, Chile, Costa Rica, Puerto Rico y Venezuela); siete estarían manifestando un mediano nivel de desarrollo (México, Cuba, Panamá, Colombia, Ecuador, Paraguay y Brasil); y otras siete se ubicarían en un bajo nivel de desarrollo (El Salvador, Honduras, Bolivia, Guatemala, Nicaragua, Perú y República Dominicana).

Posteriormente presentó una clasificación para 1950 usando sólo cuatro indicadores: producto interno bruto real *per cápita*, PIB *per cápita*, tasa de mortalidad infantil y porcentaje de analfabetos. Los resultados situaron en un alto nivel de desarrollo a cuatro naciones (Argentina, Uruguay, Chile y Puerto Rico); en un mediano nivel de desarrollo a Cuba, Venezuela, México, Costa Rica y Panamá; y en un bajo nivel de desarrollo a la República Dominicana, Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua, Ecuador, Bolivia, Brasil, Colombia, Paraguay y Perú.

La comparación de los datos y los resultados de las dos fechas extremas indican la intensidad de los cambios en ese lapso (que permite conocer el desempeño económico y social) en tres sentidos: con una fuerte intensidad de crecimiento tendríamos a ocho países: México, Costa Rica, Panamá, República Dominicana, Colombia, Ecuador, Paraguay y Puerto Rico; con una débil intensidad de avance en cuanto al desarrollo también hay ocho naciones: Argentina, Uruguay, Perú, Bolivia, Guatemala, El Salvador, Honduras y Nicaragua; y los que tuvieron avances importante combinados con estancamientos fueron Chile, Venezuela, Cuba y Brasil.

El capítulo tercero analiza la heterogeneidad socioeconómica, pero no de la misma manera en la que analizó los niveles de desarrollo del capítulo anterior, ya que Lizcano no se rigió por indicadores, sino que él mismo fue elaborando, de manera muy interesante, sus propios criterios para la clasificación. Si bien en la mayoría de los estudios se había abordado la heterogeneidad de una manera dualista (convivencia o división en dos mundos opuestos y relativamente independientes, la teoría de la modernización, o tal vez como dos sectores económicos y sociales interrelacionados pero con diferente tecnología y productividad, CEPAL), Lizcano habla de dividir a la sociedad en tres subsistemas compuestos de la siguiente manera.

Primero distingue diez estratos (latifundistas, grandes y medianos empresarios capitalistas, altos funcionarios públicos, arrendatarios, asalariados manuales u obreros, asalariados no manuales, campesinos, trabajadores informales urbanos, pequeños burgueses y comuneros o cooperativas). Éstos integrarían siete sectores agrupados, de acuerdo con sus características, en rurales y urbanos: los rurales estarían integrados por cuatro sectores (comunal, campesino, latifundista y capitalista), mientras que los urbanos por tres sectores (estatal, capitalista e informal). Los siete sectores integrarían tres subsistemas, que englobarían todas las estructuras socioeconómicas existentes (también relacionados con el carácter urbano, rural y de ambos) y que se oponen a las divisiones usuales dualistas. Estos subsistemas serían el moderno (imperante en los países desarrollados e integrado por los sectores capitalista rural, capitalista urbano y el estatal), el informal (surgido de los efectos no deseados de la modernización e integrado sólo por el sector informal o no estructurado), y el tradicional (donde la incidencia de la revolución industrial ha sido reducida e integrado por los sectores comunal, latifundista y campesino).

Estos tres subsistemas (moderno, informal y tradicional) los relaciona con tres sectores ocupacionales (formal urbano, informal urbano y tradicional agrícola) clasificando a los países iberoamericanos en 1950, 1980 y en 1990 en los siguientes conjuntos: países en los que prevalece el subsistema moderno, países en los que prevalece el subsistema no moderno (informal y tradicional) y países en una situación intermedia. Los resultados generales fueron los siguientes:

Los países en los que en 1950 prevalecía el moderno eran Argentina, Uruguay y Chile; en los que prevalecía el no moderno eran once: República Dominicana, Nicaragua, Bolivia, Colombia, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Honduras, México, Paraguay y Perú; y los de situación intermedia eran Brasil, Venezuela, Panamá y Costa Rica.

Para 1980 en los que prevalecía el moderno eran cinco: Argentina, Uruguay, Chile, Venezuela y Costa Rica; en los que prevalecía el no moderno eran ocho: Nicaragua, Bolivia, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Honduras, Paraguay y Perú; y los de situación intermedia eran Brasil, Panamá, Colombia, México y República Dominicana.

En 1990 los de subsistema moderno ya eran siete: Argentina, Uruguay, Chile, Brasil, Venezuela, Panamá y Costa Rica; los del no moderno ocho: Nicaragua, Bolivia, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Honduras, Paraguay y Perú; y los de situación intermedia Colombia, México y República Dominicana.

Con base en el seguimiento de esa evolución de 1950 a 1990, Lizcano distingue dos etapas: una de auge de 1950 a 1980 y otra de crisis en la década de los 80.

Si bien Lizcano delimita su análisis hasta 1990, las dos etapas que señala coinciden con las señaladas por la CEPAL en relación con el desarrollo socioeconómico en América Latina, y que también abarca la década de los noventa como una nueva etapa de repunte posterior a la crisis de la década de los 80.

Así, en el último capítulo aborda el tema de la heterogeneidad étnica, clasificando a los veinte países de acuerdo con su composición étnica en cinco categorías: afromestizos, afrocriollos, indomestizos, criollos y mestizos.

Antes de entrar a esa clasificación, el autor describe o caracteriza, de una forma muy didáctica e ilustrativa, los principales cuatro grupos étnicos que integran la región: indígena o indio, mestizo, criollo, y mulato. Además de otros que constituyen minorías al nunca representar más del 5% de la población total de una nación: asiáticos, creoles o angloafricanos, el garífuna o del caribe negro y los indígenas anglizados.

Con los datos anteriores hace una combinación de los cuatro grupos étnicos más importantes en los que aglutina a los países iberoamericanos en cinco conjuntos:

1. Afromestizos (criollos, mestizos y mulatos): Panamá, Colombia y Venezuela
2. Afrocriollos (criollos y mulatos): Brasil, Cuba, Puerto Rico y República Dominicana
3. Indomestizos (indígenas y mestizos): México, Guatemala, Ecuador, Perú y Bolivia
4. Criollos (descendientes directos de los europeos): Costa Rica, Argentina y Uruguay
5. Mestizos (indohispanos): Honduras, El Salvador, Nicaragua, Paraguay y Chile

Cierra este último capítulo un breve recuento histórico de cómo se dio la evolución iberoamericana que culminó en esa gran heterogeneidad de los tres aspectos que trató, partiendo del mundo prehispánico hasta 1990.

Si bien concluye la obra enfrentando los resultados obtenidos en los capítulos dos, tres y cuatro, y que al final del libro, dentro de los anexos, nos muestra los cuadros de los cuales sacó toda la información, si se extraña a mi juicio dos cosas: primero, la inclusión de mapas en los capítulos para ilustrar los fenómenos que analiza, y, segundo, algún esquema al final del trabajo que muestre conjuntamente los productos que se tuvieron en los tres capítulos mencionados, permitiendo que el lector cruce y compare libremente la información (países con los tres temas), y saque mayor provecho de este interesante trabajo. Considero que este libro contribuye al autoconocimiento de los iberoamericanos, a la ruptura de paradigmas y al fortalecimiento de una identidad propia.

Referencia

Lizcano Fernández, Francisco (2007), *Iberoamérica: un área cultural heterogénea*, Toluca, Universidad Autónoma del Estado de México/El Colegio Mexiquense, 126 pp.